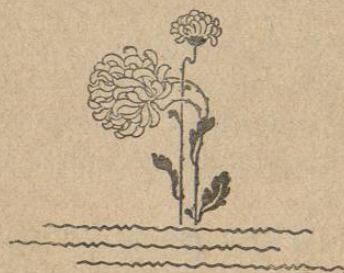


cual solían cantarlo cada noche: ¡Lillián!  
¡Lillián! ¡Lillián! sabía que no muy lejos  
dormía en su carricoche la que era luz de  
mis ojos y alma de mi alma, y sentía que en  
el mundo entero no había mortal á quien  
amasé con el amor que amaba á Lillián.



## CAPÍTULO TERCERO

**C**UANDO teñían el cielo los primeros  
albores, cruzamos Cedar-River.  
Descansamos en la cima de una  
colina: entre el río y Numébagó extiéndese  
en suave declive hacia el Sud, la vasta lla-  
nura que muere en la ancha faja de secula-  
res bosques, límite del Iowa.

Aquella mañana observé que Lillián no  
me miraba. La vi triste y meditabunda...  
¿En qué pude molestarla la víspera?

Apenas salió del carricoche; y tía Atkins  
y tía Grosvenor temiéndola enferma la col-  
maron de cuidados más solícitos, de testi-



monios de maternal amor: y no era tristeza de enfermedad la suya, era la tristeza del alma inocente que lucha con el presentimiento de que un afecto nuevo la arrebatara cual hoja muerta, á desconocida tierra...

Por nada del mundo quisiera causarle á Lillián el menor disgusto; que al amor que sentía por ella sumábase extremada compasión: pero cosa extraña, á pesar de quererla y compadecerla tanto, pasó el día sin decirnos palabra, sin apenas mirarnos, cual si la víspera hubiésemos reñido. En vano busqué manera de hablarla.

Felizmente la tía Atkins vino á mi ayuda: díjome que la joven necesitaba ejercicio, que la permanencia en el carro dañaba su salud. Tuve la inspiración de aconsejarle paseara á caballo, y mandé á Simpson ensillar uno para Lillián. En el convoy no había sillas para señora, pero una de estas americanas, altas de delante, que las mujeres emplean en las llanuras de la frontera, podía muy bien servirle.

Le dije á Lillián que corriendo á caballo se alejara cuanto quisiera mientras no perdiese de vista la caravana.

Extraviarse en las llanuras es difícil. Los que enviaba á cazar corrían á gran distancia y en todas direcciones. No debíamos temer á los indios, pues aun cuando los Pawnees visitan esta parte de la llanura hasta

Numébugo, entran en ella en la época, entonces aun lejana, de las grandes cacerías. Sin embargo, frecuentaban el lado Sud del bosque numerosas bestias salvajes de las que no se contentan comiendo sólo hierbas. La prudencia no era, pues, superflua.

En honor de la verdad diré que alentaba la esperanza de que Lillián, miedosa como la generalidad de las niñas, se alejaría muy poco ó nada de mi lado.

En marcha la caravana solía precederla á gran distancia, no marchando delante mio más que dos exploradores.

La primera vez que vi á mi amazona á la cabeza del convoy, la fatiga hija del ejercicio y lo que la preocupaba mantener sobre sus hombros la ligera capa que el viento se empeñaba en llevarse, daban á su rostro expresión encantadora.

Cuando llegó saludóme sonriendo alegremente: sabía que iba tomar parte en una excursión que sólo para ella había preparado, y mirándome con infantil picardía fingíame ignorarlo. Mi corazón latía cual el de un joven colegial.

Y entonces acercando mi caballo al suyo le dije: «Lillián, si Dios me hubiese dado los reinos todos y las riquezas todas de la tierra, gustoso las trocara por una trenza de tus cabellos, porque eres el ensueño de mi alma, y la reina de mi corazón. ¡Lillián!...



nunca me alejaré de tu lado; siguiéndote cruzaré montañas y desiertos, velaré sobre tus pasos, te salvaré del peligro... en cambio sólo te pido que me ames un poco, que en el fondo de tu alma te acuerdes de mí... »

Y así hablando temblaba como un azogado. Ella balbuceó confusa:

—¡Oh Ralph, vos lo sabéis... lo conocéis todo!!!

Y al oírla no acertaba si reír ó llorar, si soltar las riendas á mi caballo ú obligarle á avanzar al paso: parecíame haber salvado un gran peligro y que ya nada temía en el mundo.

Desde entonces pasábamos juntos todo el tiempo que lo permitían mis ocupaciones, y éstas eran cada día menos absorbentes á medida que nos acercábamos al Missouri. Pocas caravanas habrán tenido tanta suerte como la nuestra durante el primer mes de viaje.

Hombres y animales acostumbrábanse insensiblemente á la disciplina y á las fatigas; no tenía ya tanta necesidad de vigilarles; me había captado la confianza de mi gente, y el orden era perfecto. Nos sobraban las provisiones, y la prematura llegada del buen tiempo colmó á todos de alegría. Estaba convencido de que merced á mi atrevido plan de conducir la caravana, no por el camino habitual, sino á través de Iowa y Nebraska, habíamos evitado un calor insoportable, verdadera tortura, en la región

malsana comprendida entre el Misisipi y el Missouri, en donde las fiebres y otros azotes diezman las filas de los emigrantes. Aquí, por razón de la frescura del clima, eran poco frecuentes los casos de debilidad, y nuestro trabajo menos penoso.

Cierto que siguiendo la ruta de San Luis, donde el camino es más quebrado y más espesos los bosques ofrecen peligro los indios, pero nuestra caravana, compuesta de dos á trescientos hombres bien armados y prontos á combatir, no tenía por qué temer.

Las tribus salvajes, principalmente las que habitan en Iowa, saben muy bien luchar con los blancos; mas al advertir que nuestras fuerzas eran notablemente superiores á las suyas, retrocedían antes de comprometerse en verdaderos combates.

Lo que más convenía al parecer era proteger nuestros mulos y caballos contra los ataques nocturnos, pues la pérdida de estos animales en medio de la pradera pone una caravana en situación apuradísima; sin embargo nosotros podíamos contar con la diligencia y pericia de nuestros centinelas, casi todos acostumbrados tan bien como yo á las estratagemas de los indios.

Cuando tuve organizadas la disciplina y la marcha del convoy, y los hombres hubieron comprendido cuanto exigía de ellos, disminuyeron mucho mis tareas durante el día,



y pude dedicar más tiempo á la que era dueña y señora de mi corazón.

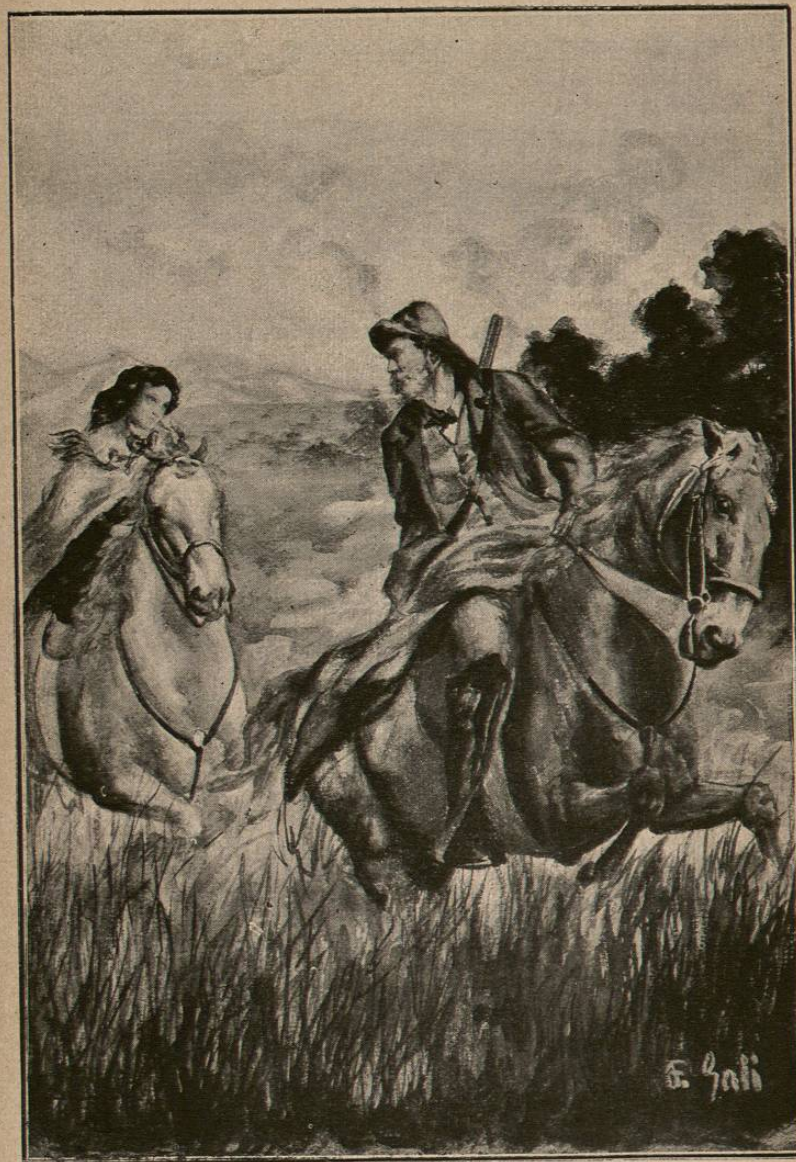
Las gentes de la caravana acabaron por observar mi asiduo empeño en acompañar á Lillián, y al vernos sonreían, y algunos en voz baja hablaban de futuro matrimonio y lo celebraban, porque Lillián y yo gozábamos las simpatías de todos.

Un día el viejo Smith pasando junto á nosotros dijo: «Que Dios os bendiga, capitán, y que bendiga á Lillián:» la unión de nuestros nombres nos hizo felices todo el día.

Enrique Simpson era el único que nos miraba con envidia, casi con odio; quizás en su alma forjaba algún plan contra nosotros, pero prefería no darle importancia.

Cada mañana, á las cuatro, marchaba ya al frente de la caravana. Ante mí los exploradores, á unos quince metros de distancia; dejaban andar sus caballos al paso y cantaban los monótonos cantos aprendidos de labios de sus madres indias. Tras de mí la caravana se extendía sobre la llanura como una cinta blanca. Y ¡momento feliz! dos horas más tarde oía acercarse trotando un caballo; volvía la cabeza y ¡era ella, Lillián, que venía á saludarme!

Enseñé á Lillián la frase polaca: *Dzien dobry* (buenos días), y al oírle pronunciar estas palabras gustábame más y más. El recuerdo de mi patria, de mi familia, de



... dos horas más tarde oía acercarse trotando un caballo; volvía la cabeza...



los años pasados, de sucesos antiguos y de tiempos que fueron, revoloteaba ante mis ojos como gaviotas sobre el Océano. Más de una vez tuve que hacer esfuerzos para reprimir las lágrimas, y ella, al verme profundamente emocionado, repetía con voz suave, despacio, dulcemente: *¡Dzien dobry! ¡Dzien dobry! ¡Dzien dobry!* ¿Qué melodía podía parecerme más bella que su voz hermosa hablando en polaco, mi lengua querida?

Enseñéle otras frases, y cuando sus labios no podían articular fácilmente nuestras voces y yo me burlaba de su pronunciación, enfadábase como un niño mimado, y fingía guardarme rencor.

Así pasábamos el tiempo alegres como las ardillas de la pradera, y á veces yo, que era el jefe de la caravana, sentíame casi tan niño como Lillián.

Y pasaban los días tan aprisa que á mi parecer las mañanas se unían á las mañanas sin solución de continuidad como los eslabones de una cadena interminable.

De vez en cuando algo imprevisto variaba esa agradable monotonía.

Un domingo el mestizo Wichita cogió con lazo un antilope de gran tamaño y un cervatillo; éste lo regalé á Lillián, quien le puso un collar, con un cascabel tomado de una acémila.

Al cervatillo le llamamos Katty, y al



cabo de una semana estaba domesticado y comía en nuestras manos.

Durante la marcha iba yo á un lado de Lillián, y Katty corría al otro levantando sus grandes ojos como pidiendo caricias.

Más allá de Nimébagó nuestra caravana extendíase por un terreno llano como una mesa: la llanura era inmensa y rica.

A veces entre las altas hierbas los exploradores desaparecían, y al ver á nuestros caballos andar por ellas dijérase que nadaban en un río. Mostré á Lillián todas esas cosas, nuevas para ella, y sentí vivo placer viendo lo mucho que la complacían aquellas bellezas. Estábamos en primavera; Abril tocaba á su fin; era la época del mayor crecimiento de las hierbas, y adornaban la llanura todas las plantas, todas las flores propias de la estación.

Embriagadores perfumes emanaban de la pradera, como de mil incensarios; y cuando soplaba el viento y sacudía aquel espacio florido, el azul, el rojo, el amarillo, combinándose, entrelazándose formaban inquieto arco-iris

Grandes tallos amarillos sobresalían en aquella floresta, al rededor de los cuales se agrupaban los plateados hilos de una planta conocida con el nombre de «lágrimas,» por asemejarse á ellas sus racimos, compuestos de pequeñas bayas transparentes.

Mis ojos, acostumbrados á leer en las praderas, descubrían una á una las plantas, todas las cuales me eran conocidas. Allí había el kalumna de anchas hojas, que cura las heridas; más lejos la planta llamada «medias rojas y blancas,» que cierra sus corolas al aproximarse el hombre ó los animales. Por fin la hachita indiana, cuyo violento perfume embota todo sentimiento y envenena á quien lo respira.

Enseñé entonces á Lillián á leer en aquel gran libro de Dios siempre abierto. Decíale:

—Deberás vivir en bosques y llanuras, y te será muy útil conocerlos.

A trechos aparecían súbitamente, como oasis del desierto, grupos de algodoueros, entrelazados con vides silvestres y lianas. Formaban verdaderos bosquecillos, donde las hiedras se mezclaban con los espinosos «machtias,» tan semejante al agavanzo.

Bajo aquella bóveda de verdor brotaban á la sazón flores por doquiera; reinaba allí misteriosa tristeza; á la sombra de copudos árboles iban desecándose las lagunas; de las floridas guirnaldas surgían deliciosos cantos de aves desconocidas.

Cuando por primera vez mostré uno de esos oasis á Lillián con sus ramilletes de flores entrelazados, detúvose maravillada, y juntando las manos exclamó:

—¡Oh, Ralph! ¿es posible?



Asustábale la idea de internarse en aquella obscuridad; sin embargo, cierta tarde en que el calor era excesivo y un viento abrasador soplaba de la pradera, entramos á caballo por la espesura.

Nos detuvimos á la orilla de un estanque que reflejaba los caballos y nuestros rostros, y permanecimos allí un instante silenciosos como si nos hallásemos bajo las imponentes bóvedas de una catedral gótica.

La frescura del ambiente refrigeraba nuestros pulmones; filtraba la luz del día á través del follaje, y pájaros ocultos en la arboleda gritaban: «¡No! ¡no!» como si nos exhortasen á que no fuésemos más lejos.

Abandonamos, pues, la umbría floresta, y luego nos hallamos otra vez en la pradera, envueltos por el sol y la ardiente brisa. El panorama que se extendía á nuestros ojos era inmenso y brillante.

Pollos silvestres revolcábanse en el césped y en pequeñas elevaciones de terreno ocupados por perros de pradera, que huían apenas nos acercábamos. Algo más lejos los jinetes rodeaban la caravana.



#### CAPÍTULO CUARTO

**L**EGAMOS por fin al Missouri. Los indios escogen generalmente esta época para cruzarlo y caer sobre las caravanas. La defensa es más difícil cuando algunos carros están en una orilla y los otros en el río, pues los animales de tiro, que son duros de cerviz, forcejan por pasar y se produce el desorden entre la gente.

Dos días antes de llegar al río observé que nos seguían espías indios: en su virtud tomé todas las precauciones convenientes, y dirigí el convoy al estilo militar. No permití que los carros permaneciesen en la pradera, como